



Antología "Algo que decir" rescata la prosa de Alfonso Alcalde, incluyendo textos inéditos

El arte de no hablar por hablar

Rodrigo Castillo

"El suicida antes de desaparecer el mortal balancea su cuerpo al borde del abismo, y cuando se revoltea, y cuando tanta maravilla se arremolinó. Alcanzó por la carta decidida al juez, pero la ocurrencia de llamar a su mujer que era cónica y ella lo amó que alcanzó a ver del arma fue el color del estampido que la hizo alcohólica".

Esta historia, tan divertida como siniestra, adquiere ligüerres como raciones cuando se tiene en cuenta que su autor, el escritor Alfonso Alcalde, se suicidó en 1992, en un bardo de la soledad y la pobreza en que se encontraba a sus 71 años. Pero, al margen de ese hecho, el cuento permite apreciar los extremos en que se movió el autor, cuya prosa siempre surge con renovada fuerza gracias a la antología "Algo que decir", recién editada por Cuarto Propio.

Diffícil tarea la de análogar a Alcalde, porque su producción es asombrosamente diversa: el hombre escribió poemas, cuentos, novelas, relatos infantiles, dramas, comedias, reportajes e, incluso, una muy vendadora biografía de Don Francisco. Entre la treintena de títulos que componen su obra, destacan "Balada para una ciudad muerta", "Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte", "Hijencia sobre el tema de la rosa", "Alegría profanada" y "Consignación de la pobreza".

El volumen que ahora se ha publicado intenta hacer una revisión de parte del universo creativo del artista -cuyo además fue un destacado exponente del collage y escribió letras de canciones- a través de una compilación de trabajos de prosa -algunos inéditos hasta ahora- que se divide en tres partes.

La primera sección incluye una excusa parodia a los folletines, titulada "Pueras adentro". La segunda ofrece varios perfiles de personalidades del cine, la literatura y el deporte, como Brigitte Bardot, Pablo Neruda y Pelé. Y la tercera brinda una colección de textos minúsculos

Una parodia a los folletines, semblanzas de personajes como Brigitte Bardot y Pelé, y una serie de cuentos que oscilan entre el absurdo y la crueldad ofrece la compilación recién editada por Cuarto Propio.



Versátil, Alfonso Alcalde cultivó la poesía, el cuento, la novela, el relato infantil, el drama, la comedia y el reportaje, además de ejercer como artista plástico y compositor.

titulada "Sacrificio de los ángeles eróticos o 114 cuentecillos de mala muerte", en la que el humor negro y el absurdo son los campeones absolutos. Buen ejemplo de esa vertiente minimalista es el fragmento citado al comienzo de esta crónica, aunque varias otras de las microhistorias resultan asimismo destacables (ver recuadro).

Versátil con la pluma, Al-

calde supo también moverse en diversos registros vitales. En otras palabras, fue un aventurero, rango que queda manifestado en su "Breve alabanza autobiográfica". Ahí el hombre enumera, a quien quiera creerle, algunas de las andanzas que lo mantuvieron alejado del aburrimiento durante su juventud.

"Trabaje vendiendo urnas,

contrabandeando caballos desde Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) a través del Manto Grossa, cuidando animales en un circo de feria y como ayudante de la Mujer de Gema y del Trapeyosgo (...) ¡Fui guionista de cine, radio, teatro y televisión. También traté de ganarme la vida en un bar pendenciero, fui noche de un hotel de pasajeros urgentes y en las entrañas de las minas de estado de Potosí trabajé como ayudante de carpintero en los socavones", escribe el autor.

Las últimas décadas de su vida son menos efusivas, porque en esa irremediable escalada depresiva es posible adivinar cómo se acabó todo. El tema del suicidio abunda en su obra, pero resulta más amable ver cómo lo trata en uno de los 114 cuentecillos de mala muerte.

Allí, en la historia titulada "Solo los suicidas pueden valorar lo que hizo Paganini por la música", Alcalde escribe: "Sacando fuerzas de flaqueza se lanzó desde la torre de un edificio de 100 pisos con una gracia hiperbólica (...), libre por fin, suelto en el aire, y mientras descendía interpretó a la perfección las variaciones de Paganini, acompañado por un coro de curiosos que lo saludaban desde las ventanas".

En pocas líneas

Suicidas amponidos, asesinos bondadosos y animales de alto coeficiente intelectual forman parte de la galería de personajes que puebla la colección de relatos breves "Sacrificio de los ángeles eróticos o 114 cuentecillos de mala muerte", incluida en la antología de Alfonso Alcalde "Algo que decir". He aquí dos bocanillos.

Los iguales se atraen hasta en la vía pública

1. Un paratático hace detener un ómnibus, y como el chofer padece del mismo mal, se produce un atochamiento de una cinco cuerdas de largo.

La más completa soledad de los difuntos

1. Le gustaba acompañar a los muertos hasta la última morada. Era la entretenimiento favorita para llenar su propio tiempo vacío. En 35 años consecutivos tuvo la paciencia de sepultar familias completas con el rostro adecuado, solemne, sin esperar alguna compensación.

2. Cuando le llegó el turno, solo un perro vago siguió por breves momentos el cortejo. Después se dedicó frente a un árbol y una panta desconocida lo distrajo con su olor.

LOMO DE TORO

Roberto Merino

Cinerama

Hoy vino el médico, porque en esta casa hay alguien enfermo. Era tarde y el médico me acompañó gentilmente a comprar un antibiótico. Entramos a una farmacia de la calle Estado cuando estaban cerrando. A la vuelta, caminamos juntos varias cuadras, conversando trivialidades. Antes de despedirme me preguntó si había ido al cine. Le dije que no, que prefería ver películas en la televisión, que a veces me pasaba algo que consideraba optimista: prender el televisor en el momento en que está comenzando una película que a uno le renueva las emociones y que puede cambiar la vida. El uso del conocimiento le pone un azaña adicional a esa pequeña alegría.

Mientras reprochaba por haberlo me acordé de una vez que Yajña recorrió a Condorito porque no lo llevaba nunca al cine, y él le contestó que pues qué, si la misma película la podían ver gratis veinte años después en "Noches de estreno". Me acordé también de Winston Churchill, que cuando iba al cine compraba tres entradas: la suya y las correspondientes a los asistentes contiguos. De este modo se aseguraba que el prójimo quedara a conveniencia distancia.

Siempre hay algo molesto en las salas de cine: el exceso de parlantes, el tardío ingreso de familiares, el olor a cabritas, el desagrado de abandonar el recinto cuando lo que aparece en la pantalla se vuelve insostenible.

El año pasado fui a ver una función llamada "En idiomas" y salí a la media hora, a tropecientos, mareado por los ruidos de la cámara y por la arrogancia artística de la obra. Mucho tiempo antes me había sucedido lo mismo con una de Tarkovsky, "El sacrificio". En esa ocasión me dije la próxima vez que alguno de los personajes se tire los pelos o caga de rodillas mientras emite un alarido, me voy. Fue exactamente lo que sucedió.

Contrariamente, son demasiados los buenos momentos proporcionados por el cine, los pasajes aislados que quedan como un resaca que gravita en la memoria, los restos amponados en un gesto específico, las sonrisas individuales, los parlamentos que por algún motivo no se olvidan jamás. Lawrence Olivier, por ejemplo, en la audaz climática de "La gata sobre el tejado de cartón", diciendo con los labios apretados: "Hay un fuerte olor a mondadidad". O Peter O'Toole, en "Bataño amor", cuando sospecha a su homoclasista en una situación íntima y comenta con una curiosa soca: "Hay olor a sexo bruscamente interrumpido".

Si pudiera filmar una película, creo que haría un drama existencial, y no se por qué le otorgaría el rol principal a Pepe Tapia. Sería la historia de un tipo destruido por su propia ingenuidad, involucrado en malentendidos espirituales y monetarios. Lo veo sentado en la escalera de un edificio cónico, junto a un acromor de rija, acromorizado por los fantasmas de los muertos a los que suena la firma para cobrar jubilaciones brujas.

El arte de no hablar por hablar [artículo] Rodrigo Castillo

Libros y documentos

AUTORÍA

Castillo, Rodrigo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El arte de no hablar por hablar [artículo] Rodrigo Castillo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile